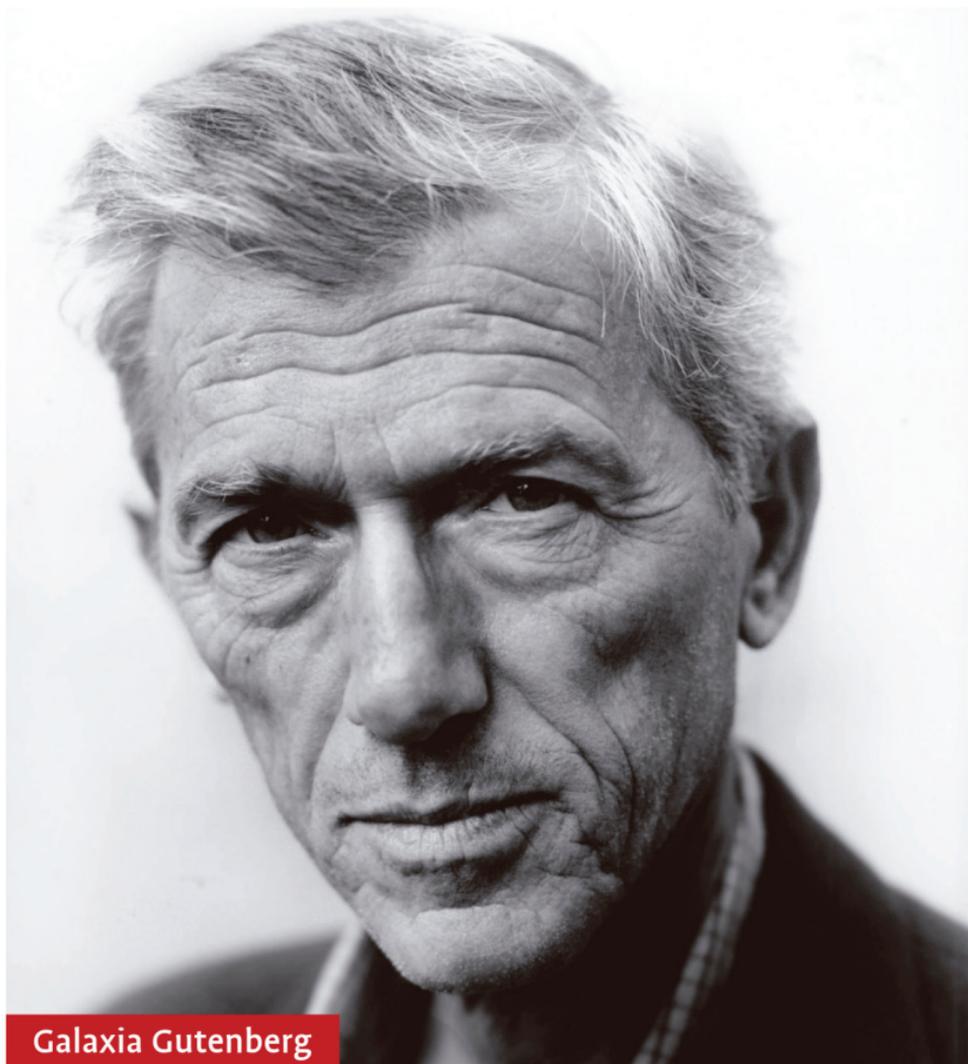


Theodor Kallifatides

Un nuevo país al otro lado de mi ventana

Traducción del griego moderno de Selma Ancira



Galaxia Gutenberg

THEODOR KALLIFATIDES

Un nuevo país
al otro lado
de mi ventana

Traducción del griego moderno
de Selma Ancira

Galaxia Gutenberg

Título de la edición original: *Μια νέα πατρίδα έξω απ' το παράθυρό μου*
Traducción del griego moderno: Selma Ancira Berny

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: marzo de 2023

© Theodor Kallifatides, 2023
© de la traducción: Selma Ancira, 2023
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2023

Preimpresión: Maria Garcia
Impresión y encuadernación: Romanyà-Valls
Sant Joan Baptista, 35, La Torre de Claramunt-Barcelona
Depósito legal: B 2101-2023
ISBN: 978-84-19392-33-6

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o trans-formación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Tal vez hoy sea pronto,
pero mañana seguramente será tarde.

SIMONE DE BEAUVOIR

I

La lluvia caía lenta como si pasara por un colador, las gotas eran grandes y espaciadas.

Yo me dirigía a mi estudio.

Llevaba la gorra calada casi hasta los ojos –porque siempre tengo frío en la frente–, y el paraguas casi pegado a la cabeza. Ni mi mujer me habría reconocido.

Pero él sí me reconoció.

Tendría unos treinta y cinco años, gafas, calvo, panzón y con una gabardina a la que le faltaban los botones.

–¡Oye, hay hospitales en este país!

Acababa yo de toser. Lo tomé a broma.

–¿Crees que lo necesito?

Se enfureció.

–¡Desaparece, turco de mierda! ¡Regrésate con las burkas!

Por las mañanas no soy rápido ni con la mente

ni con el cuerpo. No supe qué decir ni qué hacer. Una pareja joven que venía detrás intervino:

–¡Déjalo en paz! –exclamó el muchacho.

–¡Basta! –añadió la muchacha.

Pero aquél no era de la misma opinión. Se me acercó más todavía –ya casi podía sentir su aliento– gritando que Suecia no necesitaba turcos de mierda como yo.

Le pedí a la pareja que lo dejaran decir lo que quisiera para que se le pasara el enfado, que a mí me era indiferente. Eso lo excitó más todavía y dio un nuevo paso hacia mí. En ese momento me detuve, lo miré a los ojos y le dije tranquilamente:

–Lárgate antes de que me enfade.

Con eso bastó. Retrocedió como un perro asustado, aunque siguió con su parloteo.

La joven pareja continuó su camino sin que hubiese yo tenido tiempo de darles las gracias.

Esto hizo que surgieran dos preguntas.

La primera, ¿cómo supo que yo no era sueco? La segunda, ¿por qué se asustó tanto? No soy sino un hombre menudo.

No sé. Pero sí puedo responder a otra pregunta que me hacen con una frecuencia enorme: ¿Después de tantos años me siento más sueco?

¿Qué importancia tiene lo que me sienta si todos alrededor de inmediato se dan cuenta de que

no soy sueco y algunos con gusto me enviarían de regreso a mi pueblo?

No lo digo para suscitar compasión. Véase como se vea, mi vida en Suecia no ha sido un fracaso. Pero ese día había sido torpedeada. No conseguía olvidar esa mirada que se había clavado en mí como una garrapata.

Resultaba tan desagradable sacarla como dejarla. Naturalmente no podía trabajar. Así que llamé a mis hijos por teléfono. Mi hija no estaba. Mi hijo tenía ganas de guasa.

—¡Espero que no te deprimas porque te hayan llamado turco!

No había consuelo. Salvo uno. Que viera yo las cosas de manera objetiva. ¿Quién era esa persona que me atacó? Obviamente no era ningún vencedor en la eterna lucha por un puesto al sol. A lo sumo conseguiría encontrar un catre para pasar la noche. Ciertamente ninguna mujer le acariciaría el pelo o más bien la calva prematura. Su ropa no eran harapos, pero estaba sucia y arrugada. Su aliento habría matado a la Hidra de Lerna y su paso era inseguro porque no iba a ningún lado.

Y, de pronto, se topa conmigo, ve en mí al enemigo, la causa de su infortunio, y no puede sino gritar su desesperación.

—¡Turco de mierda!

Es natural, en la situación en la que se encuentra, no puede arremeter contra sí mismo, no ve su responsabilidad, su desesperación lo vuelve irresponsable. A todos nos pasa.

Ya no le queda nada. Sólo una cosa: que no es extranjero. Es sueco, tiene el derecho a pisar el suelo que pisa. Es su último derecho y nadie se lo puede quitar.

La pregunta es: ¿qué clase de Suecia estamos construyendo cuando cada vez más personas lo único que tienen es la idea de que todo les pertenece?

El hecho es que ese episodio fue un cruel recordatorio de mi situación.

Carezco del derecho de estar donde estoy. Cualquiera diría que es una observación un tanto ingenua, casi obvia.

Pero la cuestión es que yo debo convivir con este sencillo pensamiento: debo orientarme en una realidad que no me pertenece. En otras palabras, estoy obligado a vivir como un ladrón, a robar mi realidad, a robar mi vida.

¿Cómo se puede dar esto?

Lo fundamental es hacerte invisible. Y yo, en este punto fracasé. Me hice visible, incluso en exceso, diría. Escribí libros, artículos, impartí conferencias, concedí entrevistas, tuve una opinión sobre todas las cosas, recibí premios y diplomas de honor, medallas y distinciones.

Me convertí en el extranjero de éxito y no podía

salir de ese papel por más que lo intentara. Cuanto más me acercaba a Suecia, por más extranjero me tenían. Después de treinta libros escritos en sueco continuó siendo un escritor emigrante, un extranjero con criterios y expectativas peculiares.

¿Me duele?

No especialmente, sólo que me impresiona lo difícil que resulta ser aceptado. Recuerdo que a quienes habían llegado de Asia Menor y del Ponto, hasta los años sesenta en Atenas los llamamos refugiados. En el Polígono vivían los refugiados que, cuarenta años después, seguían siendo refugiados.

Para mí, como escritor, la única nacionalidad que cuenta es la lengua en la que escribo.

Naturalmente tenía la posibilidad de decir lo que quisiera, nadie estaba obligado a escucharme, aunque todos podían divertirse. Lo mismo les sucede a los bufones.

Con el paso del tiempo me volví más extranjero todavía. El aislamiento superficial de los primeros años pasó a ser interior. El trazado de mi vida dio un vuelco, se volvió como el escorpión que, cuando está en peligro, se pica a sí mismo.

Hubo otros indicios que no supe interpretar. Después de un tiempo en Suecia no me gustaba hablar griego en presencia de los suecos. No era sólo cuestión de buenas maneras, como yo suponía. En

esencia, la traba era otra. Sentía una especie de vergüenza, no nada más porque así quedaba claro que yo era extranjero, sino porque era como si mostrara un pedazo de mí que no quería que vieran. Por otro lado, sentía la misma vergüenza y la misma incomodidad cuando hablaba sueco en presencia de los griegos. Era como si estuviera haciendo teatro de aficionados. Mi cotidianidad se determinaba por la necesidad de no ser extranjero ni para los suecos ni para los griegos. Y, por supuesto, eso me hacía extranjero para ambos.

Pero eso no era todo. Había un paso más todavía, el de volverme extranjero para mí mismo. No quería, porque sabía lo que eso significa. Se pierde la alegría de vivir, es como si otro viviera tu vida y caes en esa honda amargura que te envenena, en el desconcierto existencial que hace del día noche y de la noche día.

Millones de personas, emigrantes y refugiados, viven en ese desconcierto, incapaces de orientarse tras haber perdido la brújula del yo. Personas que no únicamente han perdido la Tierra Prometida, también han perdido la Tierra de la que partieron.

Hace unos meses hice un viaje a Atenas. Lo vi en el aeropuerto esperando el equipaje. Supuse que tendría alrededor de setenta años. Saludable, hasta donde pude darme cuenta. Y, sin embargo, comple-

tamente perdido. Miraba alrededor con angustia. De tanto en tanto gritaba ya en sueco, ya en griego. «Me llamo Odiseo Spirópulos y vengo de Suecia.»

Seguramente alguien debía ir a buscarlo y él temía que no lo reconociera. Tenía el antiquísimo problema griego. Yo sé quién soy, sí, pero los otros ¿lo saben? Puede que Penélope y los habitantes de Ítaca hayan sido fieles a Ulises, pero el único que lo recordaba era su perro.

El desconcierto de vivir como extranjero, que en un principio es un obstáculo por vencer, con los años se convierte en el resultado de tu vida. Ahí es cuando más que nunca tienes necesidad de tu mitología personal. Sólo con su ayuda puedes enfrentar la soledad que se teje a tu alrededor con relativa discreción.

Por eso es importante para mí saber quién era el que partió a Suecia. La mejor manera de aceptar aquello en lo que te has convertido es recordar lo que eras.